

T'HESES

NUEVA REVISTA DE
FILOSOFIA Y LETRAS

▶ ARTURO ANDRES ROIG

▶ LUZ AURORA PIMENTEL

▶ MERCEDES DE LA GARZA

▶ FEDERICO PATAN

▶ RODOLFO CORTES DEL MORAL

▶ VERA VALDES LAKOWSKY

▶ MARCO DIAZ ▶ UTE SCHMIDT OSMANCIK

▶ AZUCENA ROMO ▶ AKIRA ONDA

▶ CARMEN GALINDO ▶ JUAN VAZQUEZ ABAD

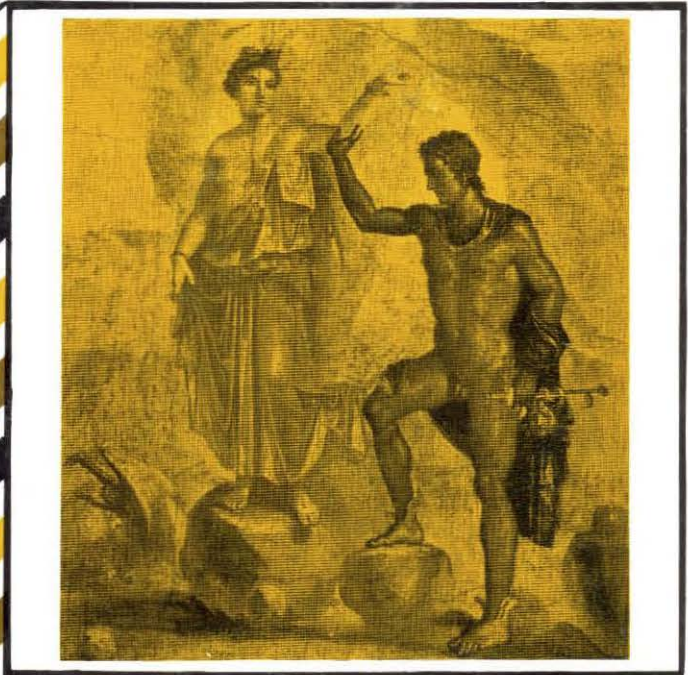
II

▶ ANNA PAOLA VIANELLO

▶ JAINE LABASTIDA

▶ JOSE LUIS MARTINEZ

▶ GRACIELA HIERRO



40.00 pesos

octubre / 1981

THESIS

**Nueva Revista de Filosofía y Letras.
Año III, Número 11
Octubre / 1981**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

Dr. Octavio Rivero Serrano

Secretario General:

Lic. Raúl Béjar Navarro

Secretario General Administrativo:

C.P. Rodolfo Coeto Mota

Abogado General:

Lic. Ignacio Carrillo Prieto

**THESIS NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras

Director: Abelardo Villegas

Editor: Benjamín Villanueva

Consejo de Redacción: José Pascual Buxó
Juliana González, Benjamín Villanueva

Secretaria de Redacción: Elsa Cross

INDICE

- ARTURO ANDRES ROIG** 4
A propósito de la filosofía de la historia
- LUZ AURORA PIMENTEL** 10
El espacio como metáfora del infinito en dos cuentos de Borges
- MERCEDES DE LA GARZA** 15
La tradición escrita de los mayas antiguos
- FEDERICO PATAN** 21
Cuatro Sonetos
- RODOLFO CORTES DEL MORAL** 23
Metafísica y positivismo en el umbral de la filosofía contemporánea
- GRACIELA HIERRO Y AZUCENA ROMO** 31
En torno a las ideas educativas de Herbert Marcuse
- AKIRA ONDA** 34
Zen y creatividad
(Traducción: Atsuko Tanabe y Sergio Mondragón)
- UTE SCHMIDT OSMANCIK** 41
Algunas consideraciones sobre el "mejor estado" en Platón y Aristóteles.
- JUAN VAZQUEZ ABAD** 45
Leibniz y la nada
- VERA VALDEZ LAKOWSKY:** 47
Encuentros sino-mexicanos
- ANNA PAOLA VIANELLO** 53
Entrevista con Claude Mossé
- CARMEN GALINDO** 57
La nostalgia como política
- JAIME LABASTIDA** 60
Quevedo, el maestro
- MARCO DIAZ** 62
Referencia a la obra arquitectónica en textos novohispanos del siglo XVII
- La tradición presente:** 66
- JOSE LUIS MARTINEZ** 66
Glosas a la danza de la muerte
- NOTAS Y RESEÑAS:**
- Agustín Sánchez González: La filosofía de lo mexicano** de Abelardo Villegas 71
- César González: El amor por la lengua,** de Jean-Claude Milner 73

La nostalgia como política

Los siguientes artículos formaron parte de las "Jornadas Quevedianas"
No se incluyeron en el número 10 de *Thesis* por falta de espacio.

En *Tiempos modernos*, Charles Chaplin sale de una alcantarilla y queda en la primera fila de una manifestación. Este film, ya que se trata de *Tiempos modernos*, no tiene nada que ver con Quevedo, pero mucho con quien, en este momento, lee estas cuartillas. Pues han de saber que anoche vine de público y Margarita Peña, Coordinadora del Departamento de Letras Hispánicas, me invitó a participar en esta mesa redonda.

Así, hoy me presento ante ustedes con estas hojitas escritas con una máquina que, esta vez, alcanzó velocidad astronáutica. No tendrán, pues, estas cuartillas ningún aparato erudito, aparato que, por lo demás y para qué voy a presumir, jamás tienen mis escritos. Dicha entonces, tal disculpa, comienzo.

Llamado por sus enemigos "resuello de Lucifer", Francisco de Quevedo, al decir de la malicia de Bouvier, se retrata en esta descripción: "tal fortuna desde entonces/ me dejaron los planetas,/ que puede servir de tinta / según ha sido de negra". Y este negro destino se compensa sólo porque el propio Quevedo habrá de decir "dióme el Escorpión su lengua". Y esa lengua de escorpión es la que habrá de caracterizarlo en una vida política y literaria que, para no desmentir al barroco, sólo conocerá el claroscuro. Conocía el latín, el griego, el hebreo, el francés y el italiano a la perfección y, como nadie, ni antes ni después, ni siquiera el mismísimo Góngora, el español. Seis lenguas y en las seis hablaba mal de todos.

En lo físico, padecía Quevedo una miopía que, por paradoja, le permitía radiografiar el mundo. Su fealdad era de las que crean fama y de ella no era atributo menor la cojera: "Los que me quieren mal me llaman cojo, siendo así que lo parezco por descuido, y soy entre cojo y reverencias, un cojo de apuestas, si es cojo o no es cojo." Y aquí, con este ejemplo, tomen nota de que el principal rasgo estilístico de Quevedo es que logra poner al idioma en movimiento. Dámaso Alonso llama la atención acerca de que al referirse a un hombre que tiene la nariz chata, Quevedo dice: "El olfato tenéis dificultoso y en cuclillas." Imaginar que los cabellos rubios pueden equipararse con el oro y los negros con el ala del cuervo o el azabache es la empresa fácil de discurrir que ambos objetos comparados comparten el sema, diría el Dr. Buxó, del mismo color, pero imaginar que una nariz, rasgo quieto, es comparable a la acción de estar en cuclillas, es

ocurrencia que, en nuestra lengua, sólo pasa por el talento de Quevedo. Esta estética del movimiento duplica el campo de la metáfora, ya no sólo se vale en sus comparaciones de lo que es, los objetos, sino de lo que se mueve, la mayoría de los verbos, vale decir las acciones.

Si éste es, aunque sería necesario detallarlo y documentarlo, el aporte fundamental de Quevedo a la lengua poética, sus textos no son los de un formalista. Que se sepa, ninguno de sus escritos fue hecho para la posteridad. Cada línea suya contiene un asunto político de polémica; cada diatriba, una deuda por saldar o una herida por abrir; cada escena, una violencia contra sus enemigos. Pero si era combativo, no era Quevedo lo que hoy llamaríamos un hombre progresista; al contrario, la propuesta a sus contemporáneos fue siempre, y en el más preciso sentido de la palabra, y con perdón de algunos de ustedes, reaccionaria.

Con la suficiente sagacidad política, faltaba más, para mirar cómo se les echaba encima la decadencia, su solución fue volver al pasado, ampararse en la gloria de una España que, como la muerte, "antes será pasada que creída". Proponía emprender nuevas guerras de conquista con una huracanada xenofobia ocasionada por un nacionalismo de puertas cerradas, funesto y desmesurado. Odió a los genoveses, a los venecianos, a los ingleses, a los franceses y, también, a los judíos. No veía en ellos a otros seres humanos, sino a enemigos encubiertos o embozados de España. Avizoraba la salvación de su patria no en la construcción del porvenir, sino en la restauración del pasado. Recordemos su célebre soneto:

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados;
y del monte, quejosos, los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa, vi que amancillada
de anciana habitación era despojos;
mi báculo más corvo y menos fuerte,

vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

Esa espada vencida del soneto evoca las victorias guerreras de España, contra toda Italia o contra el propio Papa, durante el reinado de Carlos V. Intenta, pues, regresar a las guerras de conquista; se olvida de construir el porvenir.

Cuando nace Quevedo, en 1580, hace cuatro siglos, el Concilio de Trento había concluido hacía 17 años, habían transcurrido, imagínense ustedes, 35 años desde su inicio. Al decir de Hauser, la duración de los 18 años del Concilio son los del rigor y la intolerancia, después, una vez pintada la raya entre la ortodoxia y la herejía, se da mayor libertad al arte y ya no se exige un catolicismo militante. Quevedo, como si estuviera alentado por el Concilio, seguirá siendo un militante enardecido, la intolerancia permanecerá intacta. Con los señores feudales a la cabeza, la Edad Media había significado la unidad del poder económico y el eclesiástico, la unidad de la cristiandad. La Reforma protestante introdujo la discordia. De hecho, este movimiento fue un fenómeno religioso, pero fue también una revolución social: el brillante despertar del capitalismo, el momento en que la clase burguesa en formación reclamaba sus derechos. Lutero, representante de la burguesía comercial y mercantil, significaba el fin del dominio feudal, resquebrajada la unidad de la Europea cristiana.

Dos reacciones eran posibles para atajar la Reforma, tratar de contenerla, como intenta el Papa Clemente VII, mediante la inmovilidad de la Iglesia, o sea, haciéndose fuertes en una fortaleza situada y condenada a morir o, como lo intenta España, por medio de una reforma desde adentro, lo que equivale a decir una reforma controlada, como diría el PRI, una reforma política. Con el Concilio de Trento se trata de aislar el mal, que no traspase las puertas de la católica España. Ambas políticas, la de la fortaleza y la de las puertas cerradas, son inútiles; ambas desconocen que el capitalismo emerge y la burguesía tarde o temprano acabará por tomar el poder y destruir, de manera irreversible, los valores feudales de la Edad Media. Al igual que el Concilio de Trento, Quevedo muestra su odio a los extranjeros; pretende, igualmente, aislar el mal de la Reforma.

Tema quevediano por excelencia es el de la muerte. Ustedes dirán que el tema de la muerte es universal y es cierto, pero hay de muertes a muertes. En el soneto de hace un rato, leí: "y no hallé cosa en que poner los ojos/ que no fuese recuerdo de la muerte". Su singular lucidez le permite al poeta observar que el mundo por el cual combate tan feroz como tardíamente está a punto de perecer.

El conceptismo es, como el culteranismo, una escuela literaria. Pero el conceptismo tiene una peculiaridad, es, como diríamos hoy, una escuela contenidista, un estilo que pone el acento más en el significado que en el significante. Hoy, después de varias décadas de literatura política, a nadie se le oculta que, como en Quevedo, la

militancia partidaria prefiere expresarse con idéntico acento en el contenido, en el significado. El Concilio de Trento fue explícito en este punto, se trataba de hacer arte de propaganda de la fe católica y, otra vez, Quevedo aparece como el más fiel militante de esta corriente. (No es casual que la Compañía de Jesús tuviera una organización militar, ni que Gramsci, un marxista, comprometido por lo tanto con la política, hablara, varios siglos después, de una literatura militante y de un estado mayor de la cultura). En *Política de Dios y gobierno de Cristo*, Quevedo habla de que Cristo "cuando le prendieron militó con las palabras". No otra función pensó Quevedo que habría de cumplir su propia literatura. Era, Quevedo, entonces, si se me permite la expresión, un radical de derecha.

La prueba de que Quevedo pensaba que el conceptismo era un estilo poético puesto al servicio de la fe católica es el hecho de que nunca consideró sus juegos verbales como un fin en sí mismos; de ahí que su crítica contra el gongorismo, el más feroz de sus odios literarios, lo es contra el virtuosismo de la lengua de su enemigo. Por oscuro que nos pueda parecer el conceptismo quevediano, el autor no pensaba que lo fuera, y condena a Góngora y sus seguidores, por oscurecer y alrevesar los versos y, en consecuencia, pide que se quemén, no para deshacerse de ellos, sino sólo para que alguna luz arrojen.

Al separar la ciencia política, Maquiavelo expresa la modernidad. Su política, acorde con los nuevos tiempos, argumenta la posibilidad de una doble moral, la de los ideales cristianos y la de la práctica política. Al contrario, Quevedo, nostálgico de la unidad cristiana, propone justamente lo contrario de Maquiavelo, quien, como dijimos, representa la modernidad. Para el español es necesaria la unidad de los principios cristianos, y los políticos; pretende, y así lo escribe cada vez que tiene oportunidad, que es cada cuatro líneas, que el príncipe debe gobernar con los principios católicos. La frase que citaré la dirige Quevedo "a los hombres que por el Gran Dios de los Ejércitos tienen con título de reyes la tutela de las gentes". A ellos, les sugiere: "Imitad a Cristo y leyéndome a mí, oídle a él pues hablo en este libro con las plumas que le sirven de lenguas". Sirve la cita, de paso, para comprobar la función que Quevedo le otorga a su literatura.

Y ya que he trazado, aunque sea a grandes rasgos, algunas de las ideas políticas de Quevedo que, como se ve, tratan de seguir de cerca las más intransigentes de la Contrarreforma, intentaré, también brevemente, observar que, al detalle, Quevedo propone y el arte dispone. En la cita anterior, Quevedo deja deslizarse el "leyéndome a mí", la presencia del yo, el individualismo, que habrá de ser significativo de los nuevos tiempos, se le cuela; no sólo eso, el rasgo más importante es que, aunque tiene nostalgia por la unidad, el mundo que nos muestra es una realidad hecha trizas, un mundo resquebrajado, de profunda crisis espiritual. A pesar de su propuesta y nostalgia por la unidad cristiana y feudal, sus obras están escritas justamente bajo la conciencia perturbada de la desunión, como a retazos. *El Buscón* tiene una estructura de trazos libres y sueltos y en su obra principal, los géne-

ros se le desdibujan, porque de hecho, y hasta nuevo aviso, nadie ha podido definir, con precisión, el género de Los Sueños, textos de tal singularidad en la historia de la literatura que jamás se les compara con otras obras literarias sino con las pesadillas pictóricas de Goya o de Jerónimo Bosch.

Un escritor vale por su vigencia, pues bien, Quevedo es, en confesión de la mayoría de los escritores de la América española, al menos de los que practican la llamada literatura neobarroca, el maestro de todos. Preferido por sus colegas, de Quevedo se ha dicho que es un escritor para escritores.

Pretende Quevedo la unidad y en Los Sueños, el mundo está dividido entre lo que parece, la viuda que llora al marido, y lo que es, la viuda que se alegra por la muerte; de ahí su frase de las tocas negras (lo que se ve) y los pensamientos verdes (lo que es en realidad). De ahí esas viejas que con afeites (lo que parece) tratan de disimular la vejez (lo que es) y en neovocablo de Quevedo platican "recienaciéndose". De ahí la mujer, siempre equivalente de todo el género, que "si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo de la cama en los chapines". Se ve una mujer (lo que parece) y al quitarle los zapatos de tacón se pierde la mitad y aparece lo que es. En Los Sueños, un mecanismo, llámese la hora de todos o el abajo de la cuerda o el demonio apoderado de un cuerpo, obliga a que el mundo diga lo que es y no lo que parece. Esta visión, junto con la estética del movimiento que se mencionó en las primeras cuartillas, es el rasgo fundamental y obliga a constatar que, como siempre, y como propuso

Marx, a pesar de las ideas explícitas de un autor, la creación literaria permite que se revele la realidad que, incluso, puede contradecir, por lo bajo, las ideas expresas del autor. Por ejemplo, la miseria moral y social del Buscón son elementos que el autor copia de la realidad de su tiempo, tiene, además, el mérito de que propone, al margen de sus ideas explícitas, el tema insólito de la fealdad y la denuncia. Este tema, impensable para el arte esplendoroso de las mentes tridentinas, es, sin embargo, el tema quevediano por excelencia.

Escritor de la decadencia y el desencanto de España, Quevedo es autor de la mejor descripción de la miseria. Nadie como él ha asediado, y apresado, con más burlescas imágenes el hambre. De un personaje dice: "las barbas, descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas". Y los dientes de esta boca, que le faltaban, el escritor piensa que fueron desterrados por holgazanes. Y en fin, en esta casa, la del licenciado Cabra, hay tanta miseria y hambre que un mozo cuenta que vio "meter mastines pesados, y a tres horas salir galgos corredores". En los estómagos de los estudiantes, vacíos, conceptualiza Quevedo "sonaba el eco de cualquier palabra". Como escritor barroco, Quevedo siempre está atento al hilo tenue que separa el ser y la apariencia, lo que es y lo que parece (o fingimos) que es. En Quevedo todo está en movimiento. Para él, su literatura cumplía, en exclusión de otras, la función de descubrir detrás de los sepulcros de mármol (lo que parece) la carroña que recubren (lo que es). Desagradable tarea apoyada en la mejor (y peor) lengua que ha producido la literatura española.

